

compadre, y le entregaba cualquiera que por la calle le desagradaba. Se mezcló despues en cuestiones de jurisdiccion con el arzobispo de Praga Juan de Genzstein, é irritado contra Juan de Nepomuck, vicario de este (á quien segun dicen quiso obligar á revelar la confesion de la reina), le mandó arrojar al Moldava (1383). El arzobispo huyó á Roma, dirigiendo treinta y ocho acusaciones al rey; pero Bonifacio IX las halló infundadas, y ciertamente los historiadores bohemos exageraron al denigrar á Wenceslao.

Habiendo descontentado al pueblo, encontró enemigos en su mismo seno. Sigismundo, hermano de Wenceslao, elector de Brandeburgo y rey de Hungría, y su primo José, Margrave de Moravia, celebraron con Alberto III de Austria y Guillermo I de Misnia una alianza, de la cual parece una consecuencia la conjuracion, porque Wenceslao fué preso, encerrado en el castillo de Praga, y obligado á nombrar á José vicario suyo en Bohemia. Los Estados le pusieron en libertad; pero cuatro electores le destituyeron por negligente é inútil, poniendo en su lugar á Roberto, elector palatino. Pareció esto un acto ilegal, tramado por personas interesadas, por lo cual muchos permanecieron fieles á Wenceslao, mientras que Roberto se aliaba con los señores de Italia y de Alemania, con el papa y con los descontentos de Bohemia. Despues el mismo Sigismundo que gobernaba en Bohemia en nombre de su hermano, se le opuso y prevalecieron alternativamente, ya uno ya otro. Las disputas religiosas exacerbaban las cuestiones políticas, porque se disputaban la tiara diversos papas, y estabase ya para venir á las manos cuando murió Roberto de improviso, con el sentimiento de haber conocido los males del imperio, y no haber remediado ni uno solo.

Imponíase al nuevo emperador por condicion que recompusiese el cisma de la Iglesia; pero al mismo tiempo cada faccion pretendia que el papa era el único árbitro en este punto, por lo cual se dividieron los votos del imperio entre Sigismundo y José ademas de Wenceslao. Este renunció, José murió y el primero quedó al frente del imperio, y poderoso como rey de Hungría, señor de Brandeburgo y heredero futuro de la Bohemia trabajó con ardor para reprimir el cisma y reunir un concilio, como vamos á ver.

### CAPÍTULO XIII

Asuntos eclesiásticos. — Gran cisma. — Concilios de Constanza y Basilea.

Hemos visto ya que los papas habian creído asegurada la independenciam de Italia con obtener que Rodolfo de Habsburg renunciase á las pretensiones que ostentaban los emperadores á algunas provincias de aquella península; hemos visto tambien á Nicolas III mezclarse en una política miserable y vacilante, que no veía nada

mas allá de la utilidad instantánea, y desde que el papado fué vilipendiado en la persona de Bonifacio III, decaer la gran representacion pontificia, ántes aun de que la reforma la destruyese. La traslacion de la sede á Aviñon fué llamada justamente por los Italianos esclavitud de Babilonia, porque aunque los papas continuasen ejerciendo una verdadera superioridad sobre los reyes lejanos, descubriáranse bajo su manto las flores de lis, con gran detrimento de aquella segura libertad que invoca la Iglesia.

Clemente V vaciló ante el rey de Francia al mismo tiempo que manifestaba la entereza de sus antecesores contra Enrique VII, proclamando que la Santa Sede era superior al imperio, y amenazándole con la excomunion si pisaba el territorio de Nápoles. Del mismo modo excomulgó á los jefes de la república veneciana, porque habian comprado á Ferrara, que dependia inmediatamente de la Santa Sede, y declaró infames á los Venecianos hasta la cuarta generacion, prohibiendo todo tráfico con ellos, publicando una Cruzada é invitando á los pueblos vecinos á ocupar sus tierras. De aquí tomaron ocasion muchos príncipes para satisfacer su envidia, despojando y hasta matando á los Venecianos, los cuales no fueron absueltos sino despues de haberles arrebatado por la fuerza su disputada ciudad.

Sucedió á Clemente, despues de una gran oposicion, Jacobo de Euse de Cahors, que con el nombre de Juan XXII tuvo varias contestaciones con Luis el Bávoro. Tambien disputó con los Franciscanos, los cuales sostenian contra los Dominicos que Cristo y sus discipulos no habian poseído nada ni como individuos ni como Iglesia. Era verdaderamente una cosa extraña el ver á los papas, que eran riquísimos, condenar á aquella gente que pretendia el derecho de ser pobre, y natural era que la causa de los Minoristas se hiciese popular y disminuyese el crédito del papa, en contra del cual divulgaba el emperador escritos violentísimos, hallando apoyo en los Franciscanos y en los doctores que sondeaban la supremacia papal, la cual, mirándose desde entónces como separada de la causa de la Iglesia, no era ya defendida por todos los pensadores graves y piadosos. Marsilio de Mainardino de Padua y Juan de Jandun en Champaña, profesores en la universidad de Paris, habian tratado de hacer creer al emperador, que á él correspondia el reformar los abusos de la Iglesia, porque esta está sometida al imperio. Estos, pues, en union con Ubertino de Casal publicaron el *Defensor pacis*, en que se encuentran ya las proposiciones de Calvino con respecto á la autoridad y constitucion de la Iglesia: á saber, que todo poder legislativo y ejecutivo de esta debe fundarse en el pueblo que la trasmite al clero; que los grados de la jerarquía son una invencion posterior, pues al principio los obispos y sacerdotes eran iguales; que siendo instituidos estos por la comunidad puede privárseles de la autoridad,

Clemente V.  
1303-14.

Juan XXII.

1316

Ubertino de Casal

que el primado, consistente solo en el privilegio de convocar y dirigir los concilios ecuménicos, no fué dado al obispo de Roma sino con autorizacion de uno de estos concilios y del legislador supremo, es decir, de todos los fieles y del emperador que los representa, y que los bienes de la Iglesia pertenecen al emperador que puede disponer de ellos como de cosa suya.

No fué tan adelante el célebre Guillermo Occam, que sin embargo se acercaba á Dante en la idea de la monarquía, considerándola como proveniente de la autoridad de los antiguos emperadores, que la habian recibido directamente de Dios. Pero desentendiéndose despues de la historia y de la constitucion existente, para favorecer á Luis, á quien habia pedido asilo, sostenia que era indivisible la dignidad de rey de los Romanos y de emperador, y que bastaba la eleccion sin la coronacion; negaba la infalibilidad no solo del papa, sino de los concilios universales y del clero, sosteniendo que los legos en cuerpo podian decidir resueltamente; que podia emplearse con este fin y contra el papa hasta la fuerza, ó instituir varios pontífices independientes unos de otros.

Estas doctrinas debian ser gérmenes de futuras disensiones; entretanto Luis se apoyó en ellas para hacer deponer en Roma á Juan XXII, y sustituirle con Pedro de Corbiere, que tomó el nombre de Nicolas V; pero entónces decayó el emperador, y el antipapa fué entregado al pontífice por los Pisanos. Y en medio de tan cruda animosidad, ¿cómo hemos de saber qué fundamento tenian las acusaciones de simonia y de codicia dirigidas contra Juan? Dícese que siempre promovia á las dignidades á un prelado del orden inmediatamente inferior, porque así se formaba una escala de vacantes y nombramientos productivos para la cámara apostólica. Fijó los derechos de las dispensas y demas despachos, y á su muerte se le encontraron diez y ocho millones de florines de oro. Fué acusado de hereje, no solo por la ya citada cuestion con los Minoristas, sino por haber dicho en un sermón, que la recompensa de los Santos, ántes de la venida de Cristo, habia estado en el seno de Abraham, y despues hasta el día del juicio está bajo el altar de Dios, es decir, bajo la proteccion y consuelo de la humanidad de Cristo, por lo cual los Apóstoles, los Ángeles y María suspiran por gozar la santísima vista de la Divinidad como es en sí misma, pero no lo conseguirán hasta despues del juicio, cuando sean colocados sobre el altar, es decir, sobre la humanidad divina.

Esta opinion fué enérgicamente rechazada por sus enemigos, y especialmente por Miguel de Cesena y por Occam, á quien el papa habia disgustado en la cuestion de la pobreza; sin embargo, el pontífice hizo sostener públicamente esta doctrina castigando al que pensaba de otra manera, aunque la facultad de teología de Paris se pronunció en contra de ella; pero ántes de morir se retractó. Tenemos una carta

suya en que recomienda á Felipe que no se distraiga durante la misa como solia; que llevase vestidos largos, y no malgastase el domingo en componerse.

Le sucedió Jácome Fournier de Saverdun, con el nombre de Benedicto XII, tan piadoso y docto como humilde, que dijo á los cardenales: *Habéis elegido al mas ignorante de entre vosotros*. Se dedicó á reparar en parte los abusos del reinado precedente, separó de la corte á tantos beneficiados como vivían allí en la holganza, y corrigió muchos abusos; economizó, pero no para enriquecerse á sí mismo ó á los suyos, pues ántes por el contrario, quiso que permaneciesen en su humilde estado, y se hubiera reconciliado con el Bávoro, si el rey de Francia no hubiese puesto obstáculos, el cual tambien le impidió trasladar la sede á Italia.

Pedro Roger, Lemosin, llamado Clemente VI, prometió gracias á cuantos clérigos pobres se le presentasen en el término de dos meses; acudieron cien mil, y á todos pudo dar algo por medio de las reservas y de los muchísimos beneficios que su antecesor habia dejado vacantes, diciendo: *Mejor es que estén vacantes que mal desempeñados*. Tenia su casa (dice Mateo Villano) regiamente, con provision de ricas viandas, con grandes salones para los caballeros y escuderos, y muchos caballos en las caballerizas. Salia á menudo á caballo para distraerse, y mantenía una gran comitiva de caballeros y escuderos con su librea. Tuvo el gusto de hacer grandes á sus parientes, comprándoles grandes baronías en Francia. Llenó la Iglesia de cardenales parientes suyos, eligiendo algunos tan jóvenes y de tan mala vida, que hicieron muchas cosas abominables; nombró otros á petición del rey de Francia, entre los cuales tambien los habia demasiado jóvenes. En aquel tiempo no se miraba la ciencia ni la virtud, bastaba saciar el apetito con el capelo rojo. Clemente fué un hombre de razonable ciencia, muy caballeresco, poco religioso. No abandonó el trato con las mujeres siendo arzobispo, y traspasó las costumbres de los barones jóvenes y seglares, y en el papado no supo contenerse ni ocultar, de modo que en su palacio andaban las grandes damas como los prelados, y entre ellas la condesa de Turena, la cual le agradaba tanto, que por ella concedia gran parte de sus gracias. Cuando estaba enfermo, las damas le servian y cuidaban como sus parientes próximos seglares. Distribuyó con pródiga mano el tesoro de la Iglesia. Su rigor con el Bávoro puede parecer firmeza, siendo por el contrario debilidad, porque era mandado. Ya verémos en otro lugar las desgracias de la Italia abandonada, y los miserables remedios que se aplicaron para subsanarlas. Juana de Nápoles le cedió Aviñon.

Inocencio VI (Estéban Aubert), que le sucedió, trató de reintegrar el poder pontificio en Italia, moderó el lujo de su corte y de los prelados, expulsó á los parásitos y á las malas mujeres que traficaban escandalosamente en Aviñon,

Benedicto XII.  
1334.

Clemente VI.  
1342.

Inocencio VI.  
1352.

colocó á sus sobrinos, y despues cedió su puesto á Guillermo de Grimoard del Gevaudan, con el nombre de Urbano V, buen príncipe y buen cristiano. Se determinó restituir la sede á Roma, y quitar de este modo á los demas obispos toda excusa por dejar huérfanas sus Iglesias, y asimismo la obligacion de condescender á las crecientes exigencias del rey de Francia, y librarse de las partidas de malhechores que continuamente ponian á precio su cabeza. En Roma, pues, fué acogido como un salvador con fiestas indecibles; recibió al emperador de Oriente que fué á Roma á abjurar de los errores del cisma, mientras que Carlos IV, emperador de Occidente, llevaba de la brida el caballo del papa en una procesion, que recordando los pasados tiempos, debia hacer conocer cuánto habian cambiado. Pero cualesquiera que fuesen las razones, lo cierto es que remachó sus cadenas con seguir eligiendo cardenales franceses, y á pesar de las exhortaciones del Petrarca y de las amenazas de Santa Brígida (1), volvió á Provenza donde murió.

El poder pontificio, extenso en el nombre, era de hecho muy corto en Italia. Los Romanos querian gobernarse á su modo; los vicarios papales disgustaron con su rapacidad á los súbditos, de tal modo que se rebelaron ochenta ciudades de los Estados de la Iglesia, instigadas por los Florentinos; tambien se sublevó Boloña, mientras que Bernabé Visconti renovaba la guerra (2).

(1) Brígida, de noble familia sueca, nació en 1302 y á la edad de 13 años se casó con el jóven Vulfon, y tuvo de él ocho hijos, despues de lo cual hicieron voto de continencia. Yendo en peregrinacion á Santiago de Galicia murió él, y ella redobló su austeridad y sus limosnas. El rey de Suecia le dió un terreno en Wadstena, en la diócesis de Lincoping, donde (1363) Brígida construyó un convento con sujecion á la regla que le habia dado Cristo segun decia, por lo cual fué llamada de San Salvador. Á cada monasterio de sesenta monjas estaba unido otro de trece monjes sacerdotes, cuatro diáconos y ocho legos. Brígida se trasladó á Montefiascone en 1370 para pedir al papa la confirmacion de su regla, lo que consiguió, haciéndole saber que la Virgen le habia revelado cuán mal le iria si salia de Italia, y que moriría de repente. Pero no fué escuchada y se cumplió esta amenaza. Brígida fué despues en peregrinacion á la Tierra Santa y murió en Roma en 1373.

(2) BALZUUS, *Vite paparum avinionensium*. Paris, 1693.

(3)

URBANO VI  
(Bartolomé Prignano) de Nápoles,  
elegido el 9 de abril de 1378.

BONIFACIO IX  
(Pedro Tomacelli) de Nápoles,  
2 noviembre 1389.

INOCENCIO VII  
(Cosme Mellorati) de Sulmona,  
17 octubre 1404.

GREGORIO XII  
(Angel Correr) de Venecia,  
30 noviembre 1406,  
depuesto por el concilio de Pisa  
(5 junio 1409); abdica (4 julio 1415).

MARTINO V  
(Oton Colonna) de Roma,  
11 noviembre 1417.  
Continúa siendo papa, concluyendo  
el cisma.

ALEJANDRO V  
(Pedro Filargo) de Candia,  
26 junio 1409.

JUAN XXIII  
(Baltasar Cossa) de Nápoles,  
17 mayo 1410.  
Depuesto por el concilio de Constanza  
29 mayo 1415; abdica 13 de  
mayo 1419.

Papas durante el cisma.

CLEMENTE VII  
(Roberto de Ginebra)  
21 setiembre 1378.  
Elegido por 15 de los 16 cardenales  
que 5 meses ántes habian votado por Urbano VI.

BENEDICTO XIII  
(Pedro de Luna)  
28 setiembre 1394,  
depuesto por el concilio de Pisa,  
5 de junio 1409; y despues por el  
de Constanza, 26 de julio 1417.

CLEMENTE VIII  
(Gil Muñoz)  
junio 1424,  
elegido por dos cardenales;  
abdica en 1429.

Á Urbano sucedió otro Pedro Roger, bajo el nombre de Gregorio IX, hombre modesto, virtuoso, docto y liberal, que dirigiendo su atencion á remediar estos males, y atendiendo mas á las exhortaciones de Santa Catalina de Sena y á las revelaciones de Santa Brígida que á la oposicion del rey y de los cardenales, volvió á Roma, estableciendo la sede en el Vaticano; pero quizá solo la muerte le impidió el volver otra vez mas allá de los Alpes. Habia autorizado á los cardenales para elegir papa á pluralidad de votos, sin esperar á los ausentes, abreviando así todo lo posible el interregno, y los Romanos, temerosos de que el elegido volviese á Aviñon, rodearon al cónclave con armas y tumulto gritando: *Queremos que sea Romano*, tocando las campañas á rebato y amenazando con entrar por la fuerza y poner rojas las cabezas á los cardenales, como sus capelos, si no elegian á un Italiano. Eligieron, pues, á Bartolomé Prignano de Nápoles, que se llamó Urbano VI, y fué hombre de mucha doctrina y conciencia, mas severo y melancólico de lo que hubieran querido los cardenales, los cuales protestaron pronto que la eleccion no habia sido libre, y poniéndose bajo la proteccion de Bernardo de Sala, jefe de aventureros gascones y bretones y asesino de los Romanos, eligieron en Fondi á Roberto de Ginebra con el nombre de Clemente VII.

Aquí principia el gran cisma, que dividió por espacio de medio siglo (1378-1429) la Cristiandad en dos cuerpos enemigos, que se dirigian uno á otro acusaciones de calumnias, usurpaciones y herejías (3). Entretanto la Santa Sede perdía la veneracion y los príncipes disminuian su autoridad; los doctos la sometieron á un se-

THEODORICA NIEM, *Libri IV de schismate*. Argentorati, 1609. Fué secretario del papa, y murió en 1419.

COLUCHI PIERRI SALUTATI. *Epistolæ*. Florencia, 1742. Fué secretario de Urbano V y Gregorio XI.

L. MAIMBOURG. *Hist. du grand schisme d'Occident*. Paris, 1679.

PIERRE DU PUY, *Hist. gén. du schisme des papes*. Paris, 1685.

JO. GERSONI, *Tractatus de unitate Ecclesie; De auctoritate pape ab Ecclesia*.

vero y apasionado exámen, y las sátiras contra ella que ántes eran un ejercicio literario, oído, aplaudido y olvidado, adquirieron crédito cuando salieron de la boca de los mismos pontífices y llevaron á inmediatas aplicaciones.

Nicolas Cleméngis, que prevalecia en la universidad de Paris, reunió estas acusaciones y el clamor general, y en un libro *De corrupto Ecclesie statu* levantó la voz contra la acumulacion de beneficios, que llegaba hasta el punto de gozar cuatrocientos ó quinientos una sola persona; contra la negligencia de los obispos, que muchas veces ni aun habian visto á sus fieles; contra la insolente ignorancia, la jurisdiccion tiránica, la descarada corrupcion, la venalidad de los Sacramentos, lamentándose de que si se recordaba al sacerdote la obligacion evangélica de conferirlos *gratis*, como los habia recibido, contestaba que los habia comprado y que por lo tanto podia revenderlos. Repetíanse estas y otras muchas acusaciones, exageradas algunas y otras demasiado verdaderas, si bien no se pensaba que, un siglo despues, la Iglesia habia de ser no reformada sino destruida.

Si Urbano VI hubiera dado oídos á Santa Catalina de Sena, que le escribió ocho cartas, y que por invitacion suya fué á Roma, y hubiese nombrado algunos cardenales, cuya virtud y carácter inspirase temor ó respeto, hubiérase podido hacer desaparecer el cisma al principio. Pero el celo de Urbano disgustó á muchos, y quedó rota la unidad cristiana. Urbano fué reconocido en Italia, en Alemania, Inglaterra, Dinamarca, Suecia, Polonia y en el Norte de los Países Bajos; Clemente por la reina de Nápoles y en Francia, Escocia, Saboya, Portugal, Lorena, y Castilla; los demas dudaban (1) y uno excomulgaba al otro. Clemente, establecido en Aviñon, multiplicó el número de cardenales, dió grandes esperanzas, formó del Estado pontificio el reino de Adria, concediéndole á Luis I de Anjou (2) todo para procurarse partidarios ó dinero, mientras que Urbano, rodeado de sospechas, se sostenia con el rigor, la sangre y las torturas de un tirano, sin consideracion á la dignidad ni á los años de los prelados y cardenales, y acumulando excomuniones escandalosas y escandalosos decretos en interes propio, no de la Iglesia.

Cuando murió, los cardenales que le habian

(1) ¿Cuál de los dos papas era el verdadero? La Iglesia no lo definió. San Antonino de Florencia dice: « Aunque estamos obligados á creer que así como hay una sola Iglesia, hay tambien un solo pastor, sin embargo, cuando hay un cisma, no parece necesario creer que el elegido canónicamente sea mas bien uno que otro: basta saber que solo uno puede serlo sin arrogarse la decision.

(2) Son admirables las concesiones que Clemente hizo á este, del cual esperaba que le librara de su antagonista: el diezmo dentro y fuera de Francia, en Nápoles, en Austria, en Portugal y en Escocia; la mitad de los derechos que pagaban Castilla y Aragon y todos los débitos y atrasos; todos los censos biennales, los bienes de los obispos que muriesen y todos los emolumentos de la cámara apostólica: el papa ademas debia hacer préstamos por los eclesiásticos; hipotecar para los gastos del duque de Aviñon el condado veneciano y otros dominios de la Iglesia, consignándole en feudo Ancona y Benevento, jurando sobre la Cruz que cumpliría todo esto.

prestado obediencia eligieron á Bonifacio IX, hombre ignorante y ambicioso, que se vió obligado á ocupar por viva fuerza á Roma y las demas posesiones de la Iglesia, devastadas por las facciones y bandas de malhechores. Á su vez los cardenales de Clemente VII, á la muerte de este, aclamaron á Benedicto XIII, astuto ambicioso, y uno y otro papa se dedicaban solo á sostenerse á sí mismos, y á enriquecer á sus partidarios, en tanto que los príncipes, la universidad, los jurisconsultos y los teólogos disputaban sobre los medios de recomponer la unidad. El mas fácil hubiera sido un concilio general; pero su convocacion se miraba hacia siglos como atribucion del papa, y ¿ á cuál de los dos correspondia esta prerogativa? Hubo, pues, que limitarse á los sínodos particulares; el rey de Francia sitió hasta en el palacio de Aviñon á Benedicto XIII; pero este logró escaparse, y aumentando sus partidarios con la persecucion, se rehizo, y tuvo de su parte no solo al piadoso Vicente Ferrer sino á las dos lumbres de la universidad de Paris, el elocuente Cleméngis y el canciller Pedro de Ailly; mientras que en Roma se sucedian Inocencio VII (1404) y Gregorio XII (1406), manifestándose siempre dispuestos á abdicar tan pronto como lo hiciese tambien Benedicto XIII. Al fin, los cardenales de ambos papas convinieron en celebrar un concilio en Pisa, intimando cada uno á su papa que fuese á abdicar, pues si no, procederian contra él.

Pero si se dejaba al arbitrio del concilio el deponer al papa, ¿ no se cambiaba en republicana la constitucion monárquica secular de la Iglesia? ¿ Y era oportuno este cambio en medio de aquel desórden? Por consiguiente, ninguno de los dos papas acudió al concilio, y Gregorio declaró apóstata y blasfemo á los cardenales, y convocó el sínodo en Udine: Benedicto le abrió en Perpiñan, que era su residencia, de modo que hubo tres concilios entre los cuales estaba dividida la Cristiandad. Es indecible cuán mal parada quedó con esto la sociedad. Cuando moria un obispo, cada papa queria nombrar el sucesor, originándose así nuevos cismas en las ciudades; pretendieron ademas poder destronar á los reyes, motivando guerras interiores; disputáronse el dominio de Nápoles Luis de Anjou y Carlos de Hungría; el de Castilla Juan Conde de Leon y Juan de Gante, duque de Lancaster; el de Hungría Carlos de la Paz y María, y no hubo una voz que pudiese imponer la paz. Sin embargo, en el concilio de Pisa se presentaron veintidos cardenales, cuatro patriarcas, veintiseis arzobispos, ochenta obispos en persona y ciento dos por medio de representantes, ochenta y siete abades en persona y doscientos dos por medio de procuradores, y cuarenta y un priores, los embajadores, los diputados de mas de cien metrópolis y catedrales, de la universidad de Paris, de Tolosa, Orleans, Angers, Montpellier, Boloña, Florencia, Viena de Austria, Praga, Colonia, Oxford, Cambridge y Cracovia, y

1389.  
2 no-  
viembre.

1394.  
28 se-  
tiembre.

1409.

trescientos doctores en teología y derecho canónico.

Entre estos últimos sobresalía Juan Charlier de Gerson, canciller de la universidad de París, hombre atrevido que había reprobado el asesinato del duque de Orleans y se había resistido á las promesas de los príncipes y al furor de la plebe; superior á muchas preocupaciones de su tiempo, condenó las asociaciones de disciplinantes, en contra de San Vicente Ferrer; sometió á exámen las revelaciones que muchos pretendían recibir, y procuró desterrar de la universidad las disputas ociosas y las sutilezas escolásticas, combatió la astrología y el sistema de la union pasiva del alma en el seno de Dios, y despues de sus elevadas contemplaciones no se desdénaba de descender á enseñar la doctrina cristiana á los niños los domingos. Con respecto á los medios de recomponer la unidad cristiana había opinado de varias maneras, pidiendo primero la abdicacion libre de Benedicto, despues que fuese reconocido este con algunas restricciones favorables á la Iglesia Galicana, y por último, no vió mas medio que la fuerza. Segun él, los dos papas tenían los mismos derechos, por lo cual convenia deponer á entrambos y elegir un tercero. Sostenia que la Iglesia por sí misma puede reformarse en la cabeza ó en los miembros, cuando la autoridad está dividida, y también permanecer sin cabeza visible, mediante los vínculos que la unen con la invisible; la Iglesia, como toda sociedad libre (que es justamente la opinion de Aristóteles), puede deponer al príncipe incorregible, pudiendo también reunirse por sí sola cuando el jefe se niegue á ello obstinadamente. Definía el concilio « una asamblea de toda la Iglesia Católica, que comprende todo el orden jerárquico sin excluir á ningun fiel que quiera hacerse oír: » de modo que en esta república los simples clérigos debían tener también voto en el concilio.

No habiéndose presentado los dos papas, les fué quitada la autoridad por contumaces, sustituyéndoles Pedro Filargo, arzobispo de Milan, llamado Alejandro V, el cual terminó el concilio. Alejandro había sido recogido en Candia mendigando por un Minorita; por su saber y habilidad había llegado á aquella dignidad, y decía: « Como obispo fui rico, como cardenal pobre y como papa mendigó, » porque era pródigo en liberalidades; pero carecia de firmeza, y se dejaba gobernar por el cardenal Cossa, que poco despues le sucedió bajo el nombre de Juan XXIII. El estar ocupado el patrimonio de San Pedro por Ladislao, rey de Nápoles, impidió la celebración del concilio que había convocado en Roma, y el emperador Sigismundo le indujo, aunque contra su gusto, á reunirse en Constanza, ciudad imperial. Esta hermosa ciudad, situada en el sitio en que el Rhin se separa del lago, y sus verdes orillas forman un agradable contraste con las nieves de San Gall y de Apenzel, había visto ya otra vez reunidos á los Italianos para consolidar su libertad, y entonces vió celebrarse allí un con-

Juan Gerson. 1363-1429.

Concilio de Constanza. 1409.

1410.

1414.

cilio que excitó no ménos rumores y esperanzas que la Asamblea nacional de Francia.

Ademas de la desaparicion del cisma, se pedía la reforma de otros muchísimos puntos. Las naciones se habían formado alrededor de los obispos, de lo cual provino el absoluto poder eclesiástico sobre ellas, como el de un padre sobre los hijos que ha engendrado y alimenta. Despues que se constituyeron, unidos ya muchos territorios, y conocido el poder social, principiaron á desenvolverse de las ataduras de la Iglesia para vivir de un modo distinto, comprendiendo ya que lo temporal podia existir muy bien separado de lo espiritual, y así las sociedades particulares y distintas sustituyeron á la sociedad sin límites de espacio, y los destinos parciales á la marcha general.

Las tentativas de Bonifacio VIII para restablecer la supremacía pontificia, suscitaron en toda Europa aquella desconfianza que no proviene de violencias reales sino del temor. Los reyes de Francia no la experimentaron, porque tenían esclavizado al pontífice; despues en el gran cisma la Iglesia se halló impotente para recomponer la unidad por sí misma, y tuvo que recurrir al auxilio de los seglares, y los príncipes, adhiriéndose á quien querían, hacían sentir la necesidad de su protección á los pontífices, que para procurarse partidarios prodigaban privilegios, y toleraban crímenes y usurpaciones, al mismo tiempo que injuriándose unos á otros perdían aquello en que estaba su fundamento, la reputacion. Habiendo perdido los símbolos su significacion desde que la sociedad había llegado á ser enteramente práctica, los hombres vieron con disgusto aquella corte pontificia, que viviendo en el mundo, había contraído su licencia y sus pasiones, se había conaturalizado con los gabinetes profanos, y convertido la Iglesia en un instrumento de gobierno, especulando y traficando con los títulos de reserva y provisiones apostólicas, de annatas y frutos intercalares y otros semejantes. La depravacion de la corte de Aviñon, en la cual se miraba como costumbre lo que en otra parte era vicio, donde se cubria la deshonestidad con la perfidia, y la bajeza había hecho vilipendiar lo que ántes era venerado, y perdíase en el pueblo el espíritu de obediencia cuando los pontífices abandonaban el de dominacion. Se murmuraba de la jurisdiccion eclesiástica que con la publicacion del VI y VII libro de las *Decretales*, y despues de las *Extravagantes*, se había extendido tanto que podia llevarse al papa cualquier causa en primera instancia. La disputa con los Minoritas había enemistado á la Santa Sede con firmes defensores suyos, y al ver condenadas á personas devotas, cuya única culpa decíase que era la pobreza, se evocaban las doctrinas de Arnaldo de Brescia y de Wicléf contra las posesiones eclesiásticas y la corrupcion de que eran causa.

Y verdaderamente la depravacion era espantosa. Cuando se trataba de abrir el concilio de Viena (1311), el papa insinuó á los obispos que

Depravacion del clero.

preparasen unas memorias sobre los abusos ordinarios de la Iglesia y sobre el mejor modo de corregirlos. Nos quedan dos de estas memorias (1), una del obispo de Menda y otra de un anónimo; el cual se queja de que en Francia, en las fiestas, se tengan mercados, ferias y tribunales, empleando el dia santo en negocios, festines y pecados, y de que los arcedianos, arciprestes y deanes rurales confien con frecuencia la jurisdiccion á hombres despreciables é ignorantes, ó abusen de ella hasta el punto de excomulgar por ligerísimas causas, de modo que en una sola parroquia se encuentren trescientas ó cuatrocientas personas excluidas de la sagrada mesa, con descrédito de las censuras y motivando escandalosas declamaciones contra la Iglesia. El mal nacia de consagrar al sacerdocio personas indignas de él por su ciencia y costumbres, por lo cual en muchas partes los eclesiásticos eran peor mirados que los legos y los Judíos. De todas partes acudian á Roma sacerdotes de malas costumbres, solicitando beneficios, y cuando los conseguían, los ordinarios estaban obligados á recibirlos, y mientras aquellos se deshonoraban con una vida escandalosa, se quitaba á estos la facultad de proveer sus Iglesias de personas buenas, doctas y de provecho. En una catedral de treinta prebendas, había habido treinta y cinco vacantes en veinte años, y el obispo solo pudo proveer dos, dándose las demas en Roma á *postulantes*, y quedando muchos con esperanza sobre las que pudieran ocurrir. Muchos, pues, de aquel país, que se dedicaban al sacerdocio, volvían al siglo, é iban á las cortes, enfurecidos contra la Iglesia que esta estaba servida por extranjeros que no conocían ni aun la lengua del país, ó que permanecían en la corte de Roma; y de aquí provino la disipacion de los bienes, el descuido del ministerio eclesiástico, y la falta de cumplimiento de la intencion de los fundadores. Acumulábase unos beneficios sobre otros, recayendo en una sola persona, hasta doce, que bastarian para mantener cincuenta ó sesenta clérigos eruditos. Ademas, cuando vacaba una sede, difícilmente se encontraba en el clero de su diócesis un sacerdote elegible, y si por casualidad había alguno bueno, los malos se oponían á su nombramiento.

Despues de todo esto el autor de la Memoria reconviene al clero por su inmoderacion en el vestir, y por sus espléndidas mesas; los cánonicos en las horas de coro se distraían y reían, ó bien estaban paseando, volviendo al coro á la conclusion de la ceremonia para recibir su retribucion. Los monjes abandonaban también el claustro para permanecer des ó tres años en prioratos lejanos; otros frecuentaban los mercados y ferias traficando como seglares y dando escándalos; los monjes exentos de la jurisdiccion episcopal recibían en la mesa de la Eucaristía

(1) Ap. RAIN., ad 1311, No 55 y sig.; y FLEURY, lib. XCI.

á los excomulgados, bendecían matrimonios ilícitos, negaban los débitos á los arzobispos que los dejaban andar perdidos, ántes que recurrir á cada momento á Roma.

Poco mejor era lo que exponía el obispo de Menda, exhortando á disminuir las exenciones, que destruyen la subordinacion necesaria: quería que no se trasladasen los sacerdotes de una Iglesia á otra, sino que permaneciesen en aquella en que fueron ordenados; que el papa no confiriese beneficios á forasteros sino solo cuando en la diócesis no hubiese gente capaz y sin colocacion, y que se cobrase un diezmo para los estudiantes pobres y para formar buenos sacerdotes; que los estudios se reformasen instruyendo á los jóvenes en lo concerniente á la fe y á la salvacion de las almas, mirando ménos las glorias que los textos originales, y aplicándose al estudio en las universidades, no á vanidades, á banquetes, á diversiones y sutilezas, despues de lo cual volvieran á sus casas doctorados é ignorantes. Reprueba la venta que se hacia de todo en Roma, á título de cancellería ó expedicion, la dilacion de las vacaciones de los obispos, producida porque se llevaban á Roma las causas que se originaban con motivo de los nombramientos; dice que se debían grandes alabanzas á los frailes mendicantes, puros en sus costumbres, austeros y llenos de doctrina, por lo cual convendría escoger de entre ellos los mejores para el gobierno de las almas, y limitar la variedad de sus estudios y sermones para conducirlos á la doctrina invariable.

Pero no eran unánimes estos elogios de las órdenes, fundados en la edad precedente, porque habían perdido mucho del sublime fervor con que habían principiado, divorciándose unos de la pobreza que había abrazado su patriarca, y olvidando otros la caridad por un exceso de celo. San Buenaventura, general de la orden, con objeto de acallar las diatribas de los enemigos de los Franciscanos, en 1257 se dirigió á los provinciales y guardianes, lamentándose de que los frailes, bajo el pretexto de la caridad, se mezclaban en los negocios públicos y privados, en los testamentos y en los secretos domésticos. Las ciudades los llamaban para celebrar reconciliaciones, los papas para encargarles comisiones, como gente no peligrosa, y que gastaba poco en los viajes; la Inquisicion los empleaba como una especie de magistrados criminales, con bedeles, criados armados y cárceles, poniendo así un brazo secular á disposicion de aquellos que por su instituto debían guardar la mas profunda humildad y la mas austera pobreza. Despreciando el trabajo cayeron en la holganza, y mientras rezaban de rodillas ó meditaban en la celda, se entregaban á estudios vanos, á bostezar ó dormir, ó tal vez sacaban de los libros una vanidad que no hubieran adquirido ciertamente tejiendo juncos ó estera como los primeros ermitaños. Ademas, en su vagancia servían de incomodidad y escándalo á sus huéspedes; para librarse del cansan-

Los pordioseros.